
CRISTIANISMO EN LOS PRIMEROS SIGLOS

PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

Desde sus orígenes la Iglesia reclutó sus propagandistas tanto entre los humildes como entre los ricos y sabios. Desde el primer momento aparecieron cristianos que quisieron conciliar la doctrina del evangelio con la literatura o con sus posiciones filosóficas. Son los llamados Santos Padres, y el período que va del siglo II al IV se denominó patrístico.

Durante este tiempo también se desarrollaron crueles persecuciones porque el cristianismo rehusaba rendir culto al emperador y ponía a Dios y a Cristo por encima de la figura del emperador.

FORMACIÓN DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Jesús no fundó ninguna Iglesia. Su mensaje es la causa de la fundación de las comunidades cristianas primitivas.

Los seguidores de Jesús se constituyeron primero en una secta judía, en la que la creencia en la resurrección de Jesús jugó un papel importante. A partir de este momento, los seguidores de Jesús comenzaron a ordenar y a organizar las palabras y las enseñanzas de su maestro. Lucas llama a la comunidad de Jerusalén judeo-creyentes por ser fieles a la mentalidad nacionalista. En Marcos aparece la distinción de dos grupos: los discípulos de Jesús que procedían del judaísmo y aquellos que no procedían de Israel, fuesen o no judíos. Unos estaban circuncidados, los otros eran gentiles. Estos dos grupos se distinguen de los no creyentes, ya fueran judíos o paganos. En los *Hechos de los Apóstoles* aparecen el grupo de los Once, y el de los Siete al frente de la comunidad helenística.

LAS PRIMERAS COMUNIDADES DE GALILEA Y JERUSALÉN

«El final de las cuatro narraciones evangélicas junto con el libro de los Hechos de los apóstoles deja entrever claramente que, tras la muerte de Jesús, se dispersaron los que habían sido sus seguidores. La mayoría de ellos volvió a Galilea después de la aventura fracasada de proclamar la inmediata venida del reino de Dios. No es seguro ni probable que en un primer momento continuaran en Galilea el estilo de vida que habían llevado con Jesús, el de unos predicadores itinerantes, pues estaban demasiado recientes las terribles consecuencias de la reacción de las autoridades. De momento no debieron de hacer otra cosa que intentar rehacer sus vidas. Pero de esos mismos Hechos se deduce que otro pequeño grupo de seguidores permaneció en Jerusalén.

Hubo de haber entre ellos alguna motivación fuerte para permanecer escondidos en la boca misma del lobo. Es posible que tuvieran como programa intentar restablecer la buena fama del Maestro muerto tan ignominiosamente.

La impresión de las obras, palabras y figura de Jesús seguía vivísima entre los que habían sido sus seguidores. Muy pronto, a los tres días según los Evangelios, algunas mujeres de entre los antiguos discípulos sintieron vivamente que no era posible que Jesús, tan admirado y querido, hubiese desaparecido para siempre. En algunas de ellas surgió muy pronto una certeza; ¡Jesús continuaba vivo en medio de los que le amaban! Su presencia espiritual, su espíritu podía casi palpase. En aquella época una de las maneras de expresar este sentimiento era afirmar que el muerto había resucitado. En unos momentos en los que se creía en continuos milagros, viajes celestes, raptos del alma, apariciones de seres sobrenaturales, misiones de ángeles, etc., esta idea perfectamente plausible. Parece claro que el sentimiento de que Jesús seguía vivo, de que había resucitado, comenzó ciertamente en el grupo de las mujeres, pues los Evangelios indican que los varones no las creyeron y que en general se resistieron a admitir la posibilidad de una nueva luz tras la noche del fracaso más absoluto.

No es preciso detenerse en investigar cómo concebían en concreto los seguidores de Jesús la resurrección. La posibilidad de resucitar era aceptada comúnmente entre los judíos piadosos (véase, por ejemplo, en Le 9,7-9 cómo los judíos creían que Juan Bautista podía haber resucitado), pero el cómo variaba. La creencia en que Jesús seguía vivo explica el que muy pronto diversos miembros de la comunidad afirmaran que el Resucitado se les había aparecido. Dicho con otras palabras: la creencia en la resurrección explica el hecho de las apariciones. Tampoco es necesario insistir en explicación alguna, psicológica o espiritual, de este fenómeno de las apariciones porque no es tarea de un historiador. La historia trata de fenómenos repetibles y comprobables, y la resurrección y las apariciones no lo son. Lo único que el historiador debe constatar es que sin (a firmísima creencia en que Jesús seguía vivo entre sus discípulos, que había resucitado, no se explica el origen del movimiento de sus seguidores que en pocas decenas de años iban a formar un grupo bien diferenciado entre los judíos piadosos del entorno.

La disparidad e incluso contradicciones de los testimonios que nos hablan de la resurrección de Jesús (pp. 161s) hace que muchos de los historiadores del cristianismo primitivo piensen que es imposible que la creencia en esta resurrección se generase en Jerusalén: un grupo cohesionado y pequeño no pudo dar lugar a tradiciones tan dispares y contradictorias. Pero este mismo argumento es válido para negar su nacimiento en cualquier otro lugar, Antioquía, por ejemplo.

A pesar de la disparidad de tradiciones textuales sobre este evento, no es imposible que tras un período de dudas se apoderara pronto del grupo apiñado en Jerusalén la idea de que el Maestro seguía vivo de algún modo: la vivencia era la misma en todos (la creencia en la resurrección), pero la expresión de esa vivencia (las tradiciones que hablan de ella) se realizó por personas diferentes y en lugares diferentes, allí donde se creía haber gozado de una

aparición del Resucitado... en Emaús, en Jerusalén, más tarde en Galilea.... Esto explica que la vivencia fuera común pero que se generaran tradiciones muy dispares: cada uno contaba su experiencia como le parecía, lo que dio origen a líneas diversas de tradiciones y leyendas complementarias; por ello los relatos de las apariciones son tan diferentes y contradictorios.

Unos afirmaban que Jesús se había presentado ante ellos como dotado de un cuerpo etéreo y casi transparente, que podía atravesar las paredes (Le 24,36-37); otros que lo habían visto como un cuerpo real que podía comer (Jn 21,12) y ser palpado (Jn 20:17.25). Poco a poco a estos relatos de apariciones se unieron otras historias –también provenientes de diversas personas y por tanto diferentes– acerca de la tumba vacía de Jesús.

Sea de todo ello como fuere, lo cierto es que el grupo de seguidores que había permanecido en Jerusalén, calculado por el autor de Hechos como en unas ciento veinte personas (1,15), tenía ya un poderoso motivo para cohesionarse una vez superado el período de dudas: ¡Jesús estaba vivo! ¡Había resucitado! Pero era necesario explicarse por qué habían ocurrido cosas en apariencia tan terribles.

Había que replantearse la vida sin el Maestro, o mejor con su sola presencia espiritual. Había que fundamentar de inmediato por qué un grupo de sus antiguos seguidores se reunía en torno a la figura de lo que la gente de fuera creía un ajusticiado más por el poder de Roma. Estas reflexiones fueron el comienzo o los primeros pasos de lo que será propiamente la teología neotestamentaria, es decir, la religión cristiana.

El conjunto de judíos que se había concentrado en la capital, Jerusalén, no era más que un grupúsculo que se diferenciaba de los demás judíos en que creía que el ajusticiado era de verdad el mesías y que Dios había hecho justicia a su afrentosa muerte resucitándolo de entre los muertos. Por lo demás, (os componentes de este grupo eran como cualesquiera otros de entre los piadosos de Israel: iban a rezar al Templo y consecuentemente practicaban el resto de las normas de la religión judía; observaban la Ley incluidas las prescripciones sobre los alimentos, fiestas, etc. Es probable, sin embargo, que se percibieran desde el principio como una nueva vía, un nuevo modo de vivir la religión de los antepasados.

La primera tarea de la reflexión del grupo era dar una aclaración plausible al escándalo de la horrorosa muerte en cruz de Jesús, es decir, las primeras indagaciones teológicas del grupo tuvieron como fin explicar este tremendo fracaso... ¿Y qué otra manera mejor que volver los ojos hacia las Escrituras para intentar encontrar en ella alguna luz que explicara lo acaecido? La única aclaración debía estar en los planes de Dios, ignorados hasta el momento, pero éstos tenían que poder vislumbrarse en su Palabra. Por ello tornaron sus ojos a los libros sagrados, la Ley y los profetas, como lo había hecho Jesús tantas veces. La escena –ideal y programática– que pinta Lucas en el cap. 24 explica claramente este proceso:

Dos de los discípulos de Jesús iban a una aldea que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos estos acontecimientos.

Mientras iban hablando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos. Pero sus ojos no podían reconocerlo. Y les dijo:

"¿Qué discursos son estos que vais haciendo entre vosotros...?». Le contestaron: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días?». Él les dijo: «¿Cuáles?». Contestáronle: «Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte [por los romanos] y crucificado. Nosotros esperábamos que sería él quien rescataría a Israel; mas con todo van ya tres días desde que esto ha sucedido. Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras que yendo de madrugada al monumento no encontraron su cuerpo y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que Jesús vivía...». Y les dijo: «¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para encender todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el mesías padeciese

esto y entrar en su gloria?». Y comenzando por Moisés y por todos los profetas les fue declarando cuanto a él se refería en todas las Escrituras.

Lo que Lucas pretende decir en este texto revelador es que los seguidores de Jesús vieron que la solución al misterio de la muerte ignominiosa en la cruz estaba en verdad en las Escrituras..., aunque sólo si se leían de nuevo rectamente gracias a la inspiración del Jesús viviente. Hch 3,18 lo expresa de este modo: «Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, la pasión de su Ungido». Había un plan de Dios, del que hasta el momento no habían caído en la cuenta (¡a pesar de las tres predicciones de la pasión y resurrección!): era preciso que el mesías padeciese y resucitase. Jesús había proclamado la inmediata venida del reino de

Dios y que él era el agente mesiánico de esta venida. En estos primeros momentos se añadía a esta idea ya sabida una importante variación que implicaba nuevas perspectivas: ese mesías, aparentemente fracasado, había sido resucitado por Dios y sentado a su diestra. El texto de Le 24,19 puesto en boca de los discípulos, «Jesús de Nazaret varón profeta poderoso en obras y palabras...», iunto con algunos otros pasajes más, como Hch 3:22 –en donde dice Pedro: «Dios hará surgir un profeta como yo, es decir, Moisés, de entre vuestros hermanos; vosotros escucharéis todo lo que os hable; toda persona que no escuche a este profeta será exterminada del pueblo»–, nos hacen pensar que una parte del grupo consideraba a Jesús más bien como un profeta, mesiánico ciertamente, pero en el que primaban los rasgos, potenciados al extremo, de los profetas de Israel (al igual, por ejemplo, que el «profeta egipcio», otra figura mesiánica).

Esta línea interpretativa de Jesús continuará en parte en el Evangelio de Lucas y sobre todo en una rama con el tiempo marginal de seguidores de Jesús, representada sobre todo por el Evangelio de los ebionitas y las Homilías pseudoclementinas.

Sin embargo, la mayor parte del grupo vio en Jesús al mesías sin más, aunque con las connotaciones especiales de su muerte y resurrección.

Hemos afirmado en el capítulo anterior que el Jesús histórico al final de su vida –probablemente por impulso de algunos de sus discípulos– se consideró a sí mismo el mesías. Ello explica que sus discípulos muy poco tiempo después de su muerte confirmaran este título... sólo que ya con un contenido un poco distinto al que pensó Jesús en vida. En su primer discurso a los habitantes de Jerusalén dice Pedro: «A este Jesús lo resucitó Dios... Tenga por cierto toda la casa de Israel que Dios ha hecho señor y mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hch 2,32-36). El contenido de estas frases es denso. Jesús durante su vida mortal había sido el mesías..., pero de modo incompleto. Su misión era misteriosa y, en verdad, sólo iba a llevarla a cabo tras su resurrección. No había sido el mesías «normal» que pensaban los judíos normales, puesto que había fracasado en apariencia. Era creencia judía común que, si la empresa del pretendiente a mesías terminaba mal, era porque en realidad ese «mesías» no era el verdadero. Había sido a la postre abandonado por Dios a su suerte. Pero con Jesús pasaba algo muy especial: la muerte no era el final de su mesianismo: ¡había resucitado y estaba en los cielos!

El tenor de las expresiones de Pedro en los Hechos que acabamos de citar da a entender que, para la comunidad de los primeros momentos, Jesús durante su vida terrena había sido al fin y al cabo un mero hombre, excepcional y taumaturgo, sí, profeta y proclamador de la venida del Reino, sí, pero un ser humano como los demás. Gracias, sin embargo, a su resurrección por la acción divina, ese hombre había sido exaltado al rango de «señor y mesías», que por fin iba a terminar su misión. Pertenecía ya de algún modo al ámbito de Dios, era su ayudante, como podían serlo en el imaginario judío Elías, el profeta Henoc o Melquisedec (Epístola a los hebreos, cf. pp. 84s).

Transcurrido el tiempo que la divinidad estimara oportuno, este mesías vendría como ungido de Dios y juez mesiánico a juzgar a las doce tribus de Israel, es decir, a instaurar el Reino. Entonces comenzaría el gobierno de Dios sobre Israel. A pesar de contener elementos novedosos como la muerte del mesías, esta perspectiva podía ser aceptable para cualquier judío de aquellos años ya que era evidente que la divinidad, tan lejana, no actuaría por sí mismo para instaurar su reinado, sino a través de ayudantes especiales. El recuerdo de este «mesías que ha de venir» junto al de «señor» como apelativos de Jesús se conservó en la invocación escatológica «Ven señor [Jesús]», que se pronunciaba en arameo, Maranathá, como testimonia el mismo Pablo, aunque él escriba siempre en griego (1 Cor 16,22).

Como el mesías había de ser hijo de David (Me 12,35-37), pronto circuló la noticia de que en realidad no había nacido en Nazaret, sino en Belén, la ciudad de David (Mt 1-2; Lc 1-2), y se formaron al menos dos genealogías distintas para probar la procedencia davídica de Jesús (Mt 1,1-18/Lc 3,23-38).

La noticia de que el mesías Jesús habría de venir pronto a concluir su misión debía ser manifestada y extendida por el pueblo todo. El grupo de seguidores

de Jesús, en posesión de semejante noticia, tenía que comunicarla a todos los judíos para lograr que se unieran a su creencia. Se iniciaría así la formación del verdadero Israel, el creyente en Jesús, que estaría bien preparado para la instauración del Reino. Los Hechos nos cuentan que la primera expansión de la nueva fe en Jesús se produjo en la festividad de Pentecostés (cap. 2), sin necesidad de salir de Jerusalén, pues para esta fiesta de renovación de la Alianza se congregaban allí judíos procedentes de los cuatro puntos cardinales: partos, elamitas, egipcios, asiáticos.... A estos judíos venidos de lejos se les designaba como «helenistas» porque su lengua materna solía ser el griego, no el arameo o el hebreo, y tenían una mentalidad algo distinta no sólo por haber nacido fuera de Israel sino por haberse formado dentro del ambiente de la cultura griega. No obstante, estos judíos debían ser muy piadosos, y muy probablemente se habían trasladado a Jerusalén porque esperaban que el mesías, la salvación de Israel, habría de mostrarse primero en la capital del país.

Esperaban también que en caso de fallecimiento habrían de resucitar los primeros, para participar en el reino del mesías que comenzaría a manifestarse en Jerusalén. Estos judíos helenistas que tenían en Jerusalén sus propias sinagogas (Hch 6,9) debieron de acoger con gusto el programa que les presentaban –siempre según los Hechos– Pedro y sus compañeros: el final de la terrible situación política y religiosa que vivía Israel vendría pronto, pero no por mano de hombres, sino por la de Dios con la colaboración de Jesús constituido tras su resurrección en señor y mesías, en Hijo del hombre.

Es probable que a los títulos de «señor y mesías», aplicados ya a Jesús, el primer grupo de discípulos añadiera pronto el de «Hijo de Dios». Se ha discutido mucho sobre el sentido preciso con el que se entendía, y muchos investigadores opinan que este título fue otorgado a Jesús sólo por la comunidad «helenística» {cf. abajo), no por la jerusalemita, ya que implicaba mayores consecuencias de cercanía con la divinidad. Es ésta una cuestión que no puede resolverse tajantemente.

Es muy probable que el título como tal, «hijo de Dios», fuera empleado ya por la comunidad de Jerusalén, pero que lo fuera en un sentido muy cercano al uso del Antiguo Testamento. Es decir, el mesías es «hijo de Dios» en el sentido que lo era antiguamente el rey de Israel –como se ve por los títulos reales que recoge el Sal 2– o bien un profeta cualificado. El mesías, futuro rey/juez/ungido, es «hijo de Dios» en el sentido de persona especialmente amada por la divinidad.

Por esta razón es muy posible que esta filiación divina no supusiera para los primeros cristianos de Jerusalén que el «Hijo» fuera un ser engendrado directamente por Dios, y que como tal fuera preexistente y de naturaleza estrictamente divina, como se pensaría más tarde.

Parece que esta noción no pudo generarse en una comunidad de observantes de la Ley, acendradamente monoteísta. Sólo pudo ser entendido plenamente así en todo caso por algunos del grupo de los «helenistas». Éstos, inmersos en el ambiente de la religiosidad pagana aunque en pugna con ella, podían

admitir con mayor facilidad que la divinidad pudiera «prolongarse» en un hijo real y «físico».

Desde un punto de vista sociológico, la investigación histórico-teológica moderna denomina a estos esfuerzos de los primeros cristianos para explicar el escándalo de la cruz y muerte del Maestro «resolución psicológica del contraste» o resolución de la «disonancia» entre el potente carisma de Jesús y su clamoroso fracaso: al considerarlo «señor y mesías» el crucificado adquiriría un rango muy superior a los que habían causado su fracaso. El desastre en la tierra se equilibraba con su victoria en el cielo. Además la elevación del Nazareno al ámbito de lo divino confirmaba en ese primer momento el más rígido monoteísmo tradicional: es Dios el que lo había resucitado y hecho sentar a su diestra. ¡Es el Dios de la vida y de la creación el que lo levantó de entre los muertos y el que le otorgó una nueva vida y una nueva misión junto a sí! Además, puesto que en ese ámbito Dios le encargaba una misión sobrehumana, instaurar definitivamente su Reino, habría de otorgarle una fuerza sobrehumana: gracias a ella, lo que no había podido ocurrir cuando estaba en la tierra tendrá lugar en su venida –o visto desde otra perspectiva a su vuelta– como agente definitivo del Reino. De cualquier modo, la exaltación de Jesús a un mundo superior a la muerte, donde sólo Dios gobierna, lo hace superior a todo lo humano.

El progreso teológico de la comunidad de Jerusalén, donde convivían los judíos "hebreos» con los «helenistas» recién convertidos, irá ciertamente paso a paso. Al principio este «hijo» será considerado como simplemente trasladado al ámbito divino, y su situación se piensa con categorías teológicas que estaban muy a la mano. Probablemente la primera categoría que utilizaron los judeocristianos para plasmar la conversión de Jesús en un personaje semiceleste fue la aplicación a éste de la figura de «un como Hijo de hombre» del Libro de Daniel (caps. 7 y 11), ya que Jesús mismo había empleado la expresión para referirse a sí mismo, en vez del molesto «yo». Los discípulos de Jesús pensaron que este símbolo, que con la traducción a la lengua griega entre los helenistas pasó a ser «El Hijo del hombre», había que entenderlo no como referido a una colectividad, al pueblo judío en su conjunto como se había hecho hasta el momento, sino a una persona concreta, Jesús de Nazaret.

Es posible, pues, que fuese en la comunidad de Jerusalén donde se interpretó a Jesús «señor», «mesías», «hijo de hombre» como el Hijo del hombre que ha de venir a instaurar el reino de Dios y a juzgar a los malvados. En la misma línea de pensamiento otra categoría pudo ser concebir a Jesús al estilo de un Henoc, asunto al cielo, sentado junto al Padre, al que la divinidad otorga tareas mesiánicas para el futuro, tal como describe el Libro de las parábolas de Henoc (1 Henoc 37-71: AAT IV 65-95).

En esta manera de pensar a Jesús por parte del primer grupo de seguidores notamos ya un cambio respecto a la perspectiva de Jesús mismo: «El anunciador del reino de Dios se convierte en anunciado», según la conocida expresión de R. Bultmann. Esta frase lapidaria debe entenderse así: Jesús en su vida anunciaba el reino de Dios simplemente como mensajero; ahora la venida del Reino incluye a su persona como agente divino, mesías - señor -

hijo de Dios. Al hacer de Jesús un objeto de anuncio de salvación nacía dentro de esa secta, que vivía intensamente el judaísmo pero a su modo, un concepto de mesías que no se conocía antes dentro del imaginario nacional. A saber: se proclamaba que el reino de Dios habría de ser simultáneo a la futura venida de aquel profeta que padeció, murió y fue resucitado por Dios; un maestro que gracias a esta resurrección había sido constituido por Dios como «Señor» –perteneciente a la esfera divina–, «Mesías», salvador del pueblo de sus enemigos, e Hijo de Dios. Es ésta la primera reinterpretación profunda de lo que fue Jesús.

El modo de vida comunitario del primer grupo de seguidores de Jesús está descrito en los primeros capítulos de los Hechos, aunque de un modo idealizado. En líneas generales puede considerarse como histórico lo siguiente: el núcleo estaba formado por galileos, seguidores de los primeros momentos de Jesús; entre ellos tenían una posición prominente los doce discípulos escogidos por Jesús para representar simbólicamente a todo Israel; pronto el grupo recibió el refuerzo de miembros de la familia de Jesús, como Santiago, el hermano del Señor, y también su madre (Hch 1,15); probablemente la comunidad se organizó de un modo que recuerda a los esenios (sabemos por la arqueología que el barrio esenio de Jerusalén debía de estar muy cerca de donde se reunían los primeros seguidores de Jesús): estaban gobernados por los Doce; se denominaban a sí mismos santos»; tenían comunidad de bienes y una gran solidaridad social; practicaban el bautismo como rito de admisión en el grupo y celebraban comidas en común. Pero el grupo no formaba ninguna comunidad al margen del judaísmo, sino que intentaba desde dentro revitalizar la religión ancestral por medio de las aportaciones de Jesús.

Y un último rasgo: aunque la primera comunidad de seguidores de Jesús esperaba la restauración de Israel, lo mismo que muchos de sus contemporáneos, no compartía las ansias por una venida de un mesías de tinte político-guerrero, un mesías que en una guerra rápida –conducida a la victoria por Dios mismo a través de sus ayudantes (legiones de ángeles quizás, como en Mt 26,53)– acabaría con la ocupación de los extranjeros y permitiría a Israel vivir plenamente teniendo como norma única la Ley. Eran más bien de esos otros piadosos que, aunque asumían lo terrible de la desagradable situación presente, no pensaban en ninguna acción directamente militar, sino que dejaban totalmente en manos de Dios el fin de la opresión extranjera y la posibilidad de cumplir plenamente las disposiciones de la voluntad divina. Como sabemos ya, Jesús fue un personaje de este último estilo a tenor del testimonio común de los Evangelios. Sus seguidores en Jerusalén opinaban lo mismo: los textos no muestran en ellos la menor intención de embarcarse en ninguna aventura militar». [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 227 ss.]

LAS COMUNIDADES DE JERUSALÉN Y DE ANTIOQUÍA

«Las fuentes para el conocimiento de estas comunidades primitivas proceden de los Hechos de los Apóstoles y de las Cartas y del Apocalipsis de Juan. En

Jerusalén, entre los años 30-50 gobernaban la comunidad un triunvirato formado por Pedro, Juan y Santiago, el hermano del Señor. Pedro debió abandonar Jerusalén, adonde regresó luego con motivo de la Asamblea que trató el dilema judaísmo-cristianismo. Juan se marchó a predicar. Hacia los años 50, Santiago estaba al frente de la comunidad de Jerusalén. Murió asesinado en el año 62 por el sumo sacerdote Anás. De su muerte habla el historiador Josefo.

Muerto Santiago, quedaron al frente de la iglesia de Jerusalén los hermanos de Jesús, al menos hasta la guerra judía, momento en que, al parecer, se trasladan a Pella. Esta comunidad no tuvo una teología unitaria.

Para Lucas, la iglesia de Jerusalén es la precursora de la de Antioquía, ciudad donde los creyentes en Jesús se denominaron cristianos. Los judeo-creyentes de Jerusalén continuaron con las prácticas judías, como la circuncisión, el culto en el templo, la oración y la prohibición de ingerir determinados alimentos. Tenían conciencia de la posesión del Espíritu. Pronto esta comunidad se reorganizó. Se practicaba el bautismo en nombre de Jesús. El bautismo era la condición para recibir el Espíritu, y los que lo recibían quedaban marcados como propiedad del Señor. Se practicaba el banquete comunitario. Los bienes también eran comunes.

Poco a poco esta comunidad se separó del judaísmo. Estos judeo-creyentes no eran plenamente cristianos». [Blázquez, en Alvar, 1995:87]

LA DIVISIÓN DE LA COMUNIDAD

«Ya desde los primeros momentos del «nazarenismo» o judeocristianismo jerusalémite el grupo de seguidores del Crucificado era mixto: se componía de dos comunidades: la de los «hebreos», los autóctonos, de lengua materna aramea, y la de los «helenistas», los judíos nacidos fuera, los de lengua materna griega pero asentados en Jerusalén.

Pronto surgieron problemas entre las dos comunidades, dado que los «helenistas», de una mentalidad diferente, iban a generar una visión distinta de lo que podía significar Jesús y su aportación al modo de vivir el judaísmo. Los seguidores del Nazareno vivían momentos de ebullición teológica: se estaba desarrollando un proceso de interpretación de Jesús, muerto y resucitado, y era natural que surgieran diferencias ideológicas. Basándose sin duda en las críticas del Maestro al modo de entender la Ley por parte de sus contemporáneos (Sermón de la Montaña: Mt 5) y a las no menos duras palabras de Jesús sobre el Templo y su sustitución por uno no hecho por mano de hombre sino por Dios (Mt 24,2 y par.), estos helenistas comenzaron a criticar el valor de la Ley tal como los demás lo entendían y a defender que sólo había que observarla como la había interpretado Jesús... es decir,

de otra manera. Jesús era el supremo maestro. A la par, los «helenistas » criticaron la corrupta situación del Templo y probablemente reiteraron el anuncio de su sustitución por otro nuevo, erigido directamente por Dios. Mostraban así una postura muy parecida a la de los esenios retirados en Qumrán, en las orillas de! mar Muerto, para quienes la observancia de la Ley

debía hacerse según las directrices e interpretaciones de su guía espiritual, el Maestro de Justicia, y que se sentían apartados del templo de Jerusalén.

Uno de estos «helenistas», por nombre Esteban, un hombre «lleno de gracia divina y poder sobrenatural, que realizaba prodigios y milagros» (Hch 6,8), mantenía encendidas discusiones teológicas con otros judíos piadosos sobre la importancia y el significado de Jesús. Sus enemigos de Jerusalén le acusaban de pronunciar blasfemias contra Dios (situaba a Jesús de algún modo muy cerca de la divinidad: 6,11), contra Moisés (entendía la importancia de la Ley de otro modo: 6,14) y contra el Templo (6,13: Dios haría un santuario nuevo). De estos ataques debe deducirse que el grupo de los helenistas comenzaba a considerar su fe en Jesús como un rasgo distintivo respecto al común de los judíos circundantes, y que ello conllevaba puntos de vista teológicos también distintivos y «heréticos» en el sentido de «especiales» (baíresis en griego significa «elección», «preferencia»). Del relato de Hechos y del discurso puesto en boca de Esteban (7,2-53) se deduce que los helenistas comenzaron muy pronto a cuestionar la validez de la ley de Moisés como vía exclusiva de la salvación tal como la entendían las gentes de Jerusalén y entre ellos sus propios colegas en la fe, los judeocristianos «hebreos», a la par que dudaban de la necesidad de adorar oficialmente a Dios en un lugar preciso y determinado: el Templo. Naturalmente esto no agradó en absoluto a las autoridades de Jerusalén quienes, dicen los Hechos (8,1-2), comenzaron una terrible persecución contra los judeocristianos, cuyo resultado fue al menos la muerte de Esteban a manos de las turbas (Hch 7,58). Cuentan los Hechos que en la capital había un joven fariseo, venido de fuera para formarse religiosamente, cuyo nombre era Saulo. Su celo por la Ley veía con buenos ojos que se reprimiese severamente a los disidentes. «Todos» los cristianos fueron dispersados menos los «apóstoles» o jefes del grupo (Hch 8,1).

Es muy extraño que dispersen a las ovejas y dejen tranquilos a los pastores. Lo que hay que leer debajo de la narración de los Hechos es que los «helenistas», que empezaban a «sobrepasarse» con una teología atrevida (críticas a la Ley y al Templo), fueron expulsados de Jerusalén, mientras que los «apóstoles» y su grupo, los «hebreos», más conservadores en su teología y más afines al judaísmo «normativo», pudieron permanecer en la capital.

Así pues, a pesar de la imagen de concordia entre las dos facciones cristianas de aquellos primerísimos momentos que presentan los Hechos de los apóstoles hasta el capítulo 6, había una profunda escisión en el seno del judeocristianismo recién nacido por motivos teológicos que habría de tener consecuencias. Los de la comunidad de Jerusalén, los «hebreos», se consolidarían en poco tiempo como una tendencia más fiel al judaísmo y a la doctrina judía de Jesús de Nazaret; los otros, los «helenistas», desarrollarán una teología que al interpretar a Jesús a su modo se irán separando de hecho del Jesús histórico. La teología del Nuevo Testamento recoge restos de las dos tendencias, pero sobre todo de la de los «helenistas», que impulsados luego por la potencia intelectual y moral de Pablo serán los que a la postre triunfarán con su visión del cristianismo. De momento, sin embargo, este grupo de

judeocristianos más conservadores de la comunidad de Jerusalén tendrán mucha fuerza y serán unos de los adversarios vivos y tenaces del que llegará a ser el máximo representante de los helenistas y de su modo de entender el cristianismo, Pablo. Muy probablemente serán ellos los que ofrezcan una resistencia feroz al «evangelio» paulino, según las Cartas a los galatas y a los filipenses.

Dentro de Israel, en Galilea, tuvo que haber otra comunidad fuerte de seguidores de Jesús, continuadora de los que habían vuelto allí tras la muerte de Jesús. Los Hechos no la mencionan expresamente, pero debemos postular su existencia ya que las apariciones en Galilea (evangelios de Mateo y de Juan) suponen la existencia de una comunidad de seguidores de Jesús en aquella región. Ignoramos su modo de vida, pero probablemente estuvo condicionado del mismo modo por la creencia en la resurrección del Maestro. Hipotéticamente puede afirmarse que, pasado un cierto tiempo, el grupo de los galileos siguió un modo de vida semejante al del Maestro durante su vida pública: eran carismáticos itinerantes que predicaban la futura venida del mesías Jesús y la instauración del reino de Dios por su medio; continuaban con las prácticas de sanación y exorcismo. Una posible lucha armada que sirviera de medio para la instauración del Reino no les preocupaba en absoluto.

De la lectura del Evangelio de Juan es necesario postular también en estos momentos la existencia de otra comunidad dentro de la Iglesia primitiva, distinta de las mencionadas hasta el momento y un tanto apartada del grupo general. Del estudio de la teología que se refleja en el producto posterior que pensamos salido de este grupo, el Cuarto Evangelio, se deduce que se trataría de un conjunto disidente con rasgos parcialmente similares a los de los «helenistas».

La polémica contra los judíos y el carácter de Jesús como predicador galileo, aunque amigo también de los samaritanos, nos invita a buscar la patria de esta comunidad fuera de Jerusalén. Pero al mismo tiempo no muy lejos: el grupo mantiene las tradiciones sobre los Doce que se refuerzan en la capital junto con otras traiciones muy antiguas sobre Jesús enraizadas tanto en suelo galileo como judío; por tanto debían estar en un terreno intermedio (¿en algún lugar de Samaría, conquistado para la fe en Jesús por la dispersión de los helenistas?). Además parecían mantener el contacto con ambientes sacerdotales de la capital. Este grupo comienza también él a reinterpretar a Jesús, pero afirmará que no lo hace por su cuenta, sino basado en la iluminación del Espíritu (un rasgo muy acentuado por los helenistas) y en las ideas de un personaje muy próximo al Maestro cuyo nombre nunca revelan, el discípulo amado. Este personaje, de lengua materna aramea, conocía también el griego, y sin duda alguna las especulaciones judías helenísticas sobre el Logos, la Sabiduría, el conocimiento especial revelado sólo a unos pocos (gnosis) y la teología de los esenios retirados en Qumrán, pues todas ellas se manifestarán en su obra sobre Jesús». [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 236 ss.]

LA COMUNIDAD HEBREA: JUDEA Y GALILEA

«Con ciertas dificultades podemos rastrear cuáles eran otras perspectivas teológicas de este núcleo de los «hebreos» –también llamados «palestinos» por los investigadores– que incluye al grupo que debía de vivir en Galilea. Fueron los judeocristianos de Judea y Galilea los que se distinguieron por empezar a recopilar la tradición de los dichos de Jesús y de las historias que se contaban sobre él. Podemos suponer que los de Galilea comenzaron a reunir tradiciones del Maestro cuyo marco geográfico era precisamente esa región: a ellos deberíamos las narraciones que forman la primera parte de la vida de Jesús en su región antes de subir definitivamente a Jerusalén. En Galilea, pues, se recogieron hechos de Jesús que lo presentan como un profeta, carismático itinerante, y buena parte de sus dichos pronunciados en el marco de esta vida. En la capital, por otro lado, pudieron reunirse, por ejemplo, dichos y narraciones en los que aparece Jesús discutiendo sobre la Ley y adoptando una postura más bien rigorista (por ejemplo en la cuestión del divorcio, Mc 10:2-9), ya que esta comunidad fue heredera de ese mismo rigorismo y hubo de interesarse por las tradiciones sobre las palabras y acciones de Jesús en la capital, donde ellos vivían. Es muy probable también que la llamada «fuente Q», que consta fundamentalmente de dichos e historias de Jesús y que tiene un marcado carácter escatológico, se recopilara en parte en Galilea. Una buena sección de la teología de la fuente Q está centrada en la proclamación del reino de Dios y en la venida inminente del Hijo del hombre: ambos hechos son acciones de la actividad de Dios en el fin de los tiempos proclamados por Jesús en aquella zona. En todos los casos los impulsos para esa colección de materiales sobre Jesús provinieron de las necesidades de la predicación, hacia dentro o hacia fuera, o de la liturgia.

La primitiva historia de la pasión, que subyace a la narración del Evangelio de Marcos y a la de los otros evangelistas, hubo de desarrollarse en la comunidad de la capital, pues residía en la ciudad donde murió Jesús. Se ha pensado que algún talentoso escritor anónimo compuso un texto seguido en el que resumía y sintetizaba dramáticamente en una semana lo ocurrido con el proceso de Jesús que debió de durar meses. Ese texto se leía en la liturgia de las reuniones especiales del grupo, y podía servir también de guía conmemorativa para otros judeocristianos que visitaran los lugares donde padeció el Maestro.

La historia de la pasión es un vivo ejemplo del principio repetido a lo largo de este capítulo: la tradición de la vida y muerte de Jesús de Nazaret se transmite e interpreta. Unas veces para acomodarla a la vida presente; otras para entender mejor a Jesús teológicamente.

Los dos grandes grupos de judeocristianos, «hebreos» y «helenistas», generan esta interpretación a partir de una lectura atenta y nueva de las profecías del Antiguo Testamento, profecías que aplican a Jesús.

Jesús es el tipo, la figura y el cumplimiento de lo que en el Antiguo Testamento era sólo anticipo, prefiguración y promesa. En la historia de la pasión se observa claramente cómo se remodela la tradición: lo ocurrido está plasmado

a la luz de salmos proféticos, en especial el 22 y el 69, hasta tal punto que es difícil saber qué constituye exactamente verdad histórica y que es producto de una acomodación a los textos de la Escritura ya existentes. El mismo fenómeno se observará en la comunidad de judeocristianos que está detrás del Evangelio de Mateo y que tiene un espíritu parecido al del grupo palestinese (al menos en cuanto a la interpretación de la Ley): todo lo que de importante dice el evangelista sobre Jesús es el cumplimiento de algún texto de las Escrituras. Lo mismo ha de decirse de las narraciones sobre la Última Cena de Jesús que luego reinterpretan Pablo (1 Cor 11,23-26) y los tres evangelistas sinópticos.

De lo dicho se deduce también una consecuencia importante: la reinterpretación del material tradicional por parte de los judeocristianos, hebreos o helenistas, no se produce porque sí, por mero gusto de la especulación sobre Jesús, sino siempre sobre una base: apoyándose en a) un hecho o dicho de Jesús visto desde la luz de la creencia en la resurrección da pie a reinterpretarlo según las necesidades del presente; b) en un texto de la Escritura, entendido como referido a Jesús, lo que da pie para iluminar un aspecto de la figura o de la misión del Maestro. Así, un hecho o dicho de la vida de Jesús adquiere nueva luz precisamente por lo que se deduce del texto escriturístico a través del cual se contempla. Es un proceso circular de enriquecimiento.

Nos hemos referido a este proceso cuando afirmamos que el desarrollo de la teología cristiana puede definirse como un «fenómeno exegético» o de reinterpretación de textos sagrados (p. 240). Lo peculiar del cristianismo nace de la interpretación de las Escrituras antiguas con ojos nuevos. Y, naturalmente, no a tontas y focas, sino siguiendo las normas exegéticas que el judaísmo había desarrollado hasta el momento.

No sabemos con exactitud cómo desapareció de la historia del cristianismo la comunidad palestinese, y más en concreto la de Jerusalén. Según Eusebio de Cesárea, el grupo cristiano de la capital no quiso participar en la primera revuelta judía –en consecuencia con la doctrina de Jesús que dejaba este aspecto material en manos de Dios– y se retiró al otro lado del Jordán. Muchos historiadores modernos dudan de esta versión y piensan que la comunidad se quedó en Jerusalén y allí pereció como tantos otros a manos de los sitiadores romanos en la guerra del 66 al 70. Si pasó a la otra orilla del Jordán, debió de llevar una vida lánguida y con el paso del tiempo desapareció sin dejar apenas rastro. Por ironías de la historia fue precisamente el grupo cristiano que más de cerca siguió la doctrina del Jesús histórico, el grupo más judío de todos los cristianos, el que primero desapareció de la escena. Dejó entonces el campo libre para el cristianismo futuro, que en líneas generales es una mezcla sobre todo de paulinismo y del espíritu de los Evangelios de Mateo y de Juan». [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 239 ss.]

LAS COMUNIDADES HELENÍSTICAS. ANTIOQUÍA

«En Jerusalén existía una segunda comunidad, integrada por los helenistas o judíos que hablaban griego. Estos chocaron con los de lengua hebrea, que desatendían a las viudas de los primeros. Los Doce son los representantes de toda la comunidad. Estos pidieron que se eligiera entre los helenistas a siete varones que se dedicaran a la tarea asistencial. Todos los elegidos eran griegos. El primero de ellos se llamaba Esteban.

Los helenistas se enfrentaron a las sinagogas judías de la diáspora, por la actuación de Esteban, que criticaba a Moisés, es decir, la encarnación de la ley sagrada. Fue acusado de blasfemo por atacar al templo y a la ley. El verdadero problema radicaba en que la ley estaba vigente y no la acataban los cristianos. Esteban fue linchado hacia los años 33-35. Como resultado de tal ejecución, los helenistas de Jerusalén se dispersaron por Judea y por Samaría, salvo los apóstoles. A Samaría marchó Felipe.

El choque entre ambas comunidades se explica fácilmente por el conservadurismo de los creyentes hebreos y por sus pretensiones escatológicas de carácter apocalíptico. Los helenistas tenían ideas más universalistas; pronto se independizaron de los judeo-creyentes.

Los helenistas fundaron la comunidad de Antioquía, no seguían la ley mosaica y tenían como objetivo la conversión de los gentiles. Pablo, Bernabé y otros surgieron de esta comunidad antioqueña. Ante la noticia de que en Antioquía existía un acercamiento hacia los griegos, la comunidad de Jerusalén, enterada del asunto por terceros, envía a Antioquía a Bernabé para obtener noticia de primera mano. Bernabé fue muy favorable a la actuación de los helenistas.

Bernabé acompañó a Pablo desde Tarso a Antioquía, donde ambos convivieron un año dedicándose a la instrucción y a la predicación. En Antioquía se produjo la ruptura entre cristianismo y judaísmo. La comunidad cristiana se separó de la sinagoga comenzando a dirigir su mensaje a los paganos. Pablo predicó más de dos años en Siria y Cilicia. La fundación de la comunidad de Antioquía data del año 35 aproximadamente. Allí confluían muchas y diferentes gentes e ideologías. El dogma principal de esta comunidad era el anuncio de la cruz y de la resurrección. Se dio una gran expansión misionera». [Blázquez, en Alvar, 1995:87 ss.]

«Las comunidades helenísticas de judeocristianos fuera de Israel se formaron por la dispersión del grupo de «helenistas», expulsados a la fuerza de Jerusalén por las autoridades religiosas de la ciudad (Hch 8:1-2). Las etapas de esta dispersión están también en el libro de los Hechos: Samaría, evangelizada por Felipe, la costa, con ciudades importantes como Joppe, Lida, Cesárea marítima, y de ahí hacia el norte, Fenicia, Chipre y finalmente Antioquía (Hch 8,2-11,20). Como dijimos, la lengua preferente de los judíos helenistas era el griego, por lo que la tradición sobre Jesús recogida al principio en arameo fue de inmediato traducida al griego. Esta versión tenía la gran ventaja de que el material sobre Jesús podía ser utilizado potencialmente con la práctica totalidad de los habitantes del Mediterráneo oriental, cuya lengua común era el griego. No cabe duda de que el cambio de

lengua supuso una mutación de mentalidad, de conceptos y de alteraciones en la tradición misma.

Los helenistas habían mostrado pronto una teología atrevida. Los diáconos o «helenistas» de Hch 6 y 7 no servían a las mesas, sino que se dedicaban por completo al «servicio de la Palabra», es decir, mostraron muy pronto un gran interés por la predicación y la expansión de la fe en Jesús. Tras su expulsión, la dedicación «a la Palabra» iba unida naturalmente al interés por la reflexión teológica sobre los acontecimientos de la vida y del mensaje del Maestro. Las críticas a la Ley y al Templo abrían nuevas posibilidades: aunque fueron tildadas de «blasfemias» y de quebrar la tradición de Moisés, comenzaban a dibujar un salto cualitativo que habría de diferenciar al cristianismo emergente de la doctrina judía y por tanto de la que mantuvo Jesús respecto a esos conceptos de Ley y Templo. Sus seguidores «helenistas» comenzaron a afirmar de hecho lo contrario; se cuestionan la validez absoluta de la Ley; el Templo no es ya el lugar indiscutible del culto. Y estas ideas no sólo empiezan a ser distintas a las que sostenía el Maestro, sino también diversas a las que mantenían los seguidores «hebreos» de Jesús en Jerusalén.

Puede afirmarse con razón que los «helenistas», y más en concreto los que se asentaron en Antioquía y Damasco fundando nuevos grupos de judeocristianos, son los inmediatos precursores de Pablo: sin ellos no puede comprenderse la revolución ideológica que operará el «evangelio» paulino. Es más, como veremos, la «conversión» de Pablo, y su evolución interna se enmarcará justamente dentro de las líneas de reflexión teológica comenzadas por el grupo de Esteban.

Señalamos anteriormente que en las primeras comunidades «hebreas» los títulos Hijo del hombre, Señor, Mesías e Hijo de Dios situaban a Jesús de algún modo en la esfera de lo divino (como Elías, el profeta Henoc o el misterioso Melquísedec del Libro del Génesis o de los textos de Qumrán: IIQMel), pero sin considerarlo Dios propiamente. No es de extrañar que en un ambiente helenístico, rodeado de paganos, para quienes el contacto del ser humano con lo divino era mucho más fácil, estos títulos adquirieran pronto más consistencia, es decir, se entendieron como «más divinos». A los oídos de los gentiles que oían hablar de Jesús a estos judíos helenistas la aplicación de estas denominaciones –«Hijo de Dios» o «Señor»– a Jesús situaría a éste de lleno, aún más arriba, en el ámbito celeste y más cerca de la divinidad. Esto supone un progreso teológico respecto a los judeocristianos «hebreos». En estas comunidades, y sobre todo en Antioquía, de la que tenemos más información a partir de Hch 11, pierde importancia enseguida el título «Hijo del hombre» aplicado a Jesús porque traducido al griego no significaba nada, o muy poco. Casi nadie lo entendía. Sin embargo, sí eran fácilmente comprensibles otros títulos como «Hijo de Dios» o «Señor» a secas.

Hay que situar en este grupo otro desarrollo teológico que no está de modo expreso reseñado en los Hechos, pero que se generó muy probablemente por necesidad natural en esta comunidad helenística: en ella debió de pensarse que era imposible que Jesús, un profeta tan excelso, no hubiera conocido de antemano su muerte y no la hubiera aceptado voluntariamente. Esta creencia

se reflejaría en los dichos sobre el Hijo del hombre que predice sus sufrimientos y su muerte (Evangelio de Marcos, por ejemplo), pronunciados por profetas cristianos y luego puestos en boca del Jesús histórico. Además debió de pensarse que tal sacrificio voluntario tenía un carácter expiatorio por los pecados del pueblo (1 Cor 15,3; Rom 5,8; 2 Cor 5,14-15, etc.). En la tradición judía desde tiempos de los Macabeos (siglo II a.C; cf. en especial 2 Mac 7,37-78) la muerte de un mártir «que entrega su cuerpo y su vida por la conservación de las leyes de nuestros padres y para que Dios se apiade de la raza judía» debía de ser una noción usual. Ahora bien, el estricto concepto de sufrimiento y muerte vicaria y expiatoria por otros en general no era en absoluto familiar a los judíos del siglo I. Sin embargo, sí lo era y mucho en ambientes donde reinaba la cultura griega. Desde tiempos del poeta Eurípides (en algunas de sus obras, sobre todo Alceste y Las Fenicias, por ejemplo, v. 969), tanto entre griegos como romanos (Virgilio, Eneida 815: «Uno será entregado por muchos»), la idea de «morir por» era una noción que pertenecía al acervo común del ideario religioso e incluso cívico (morir por la patria o por el príncipe). Los helenistas, precisamente por estar inmersos en un ambiente cultural griego, tenían a mano una excelente herramienta ideológica para explicar el porqué de la muerte de Jesús: por designio de Dios él era un hombre justo que había muerto para acelerar la venida del reino de Dios, cierto, pero ante todo el plan de Dios era que «muriera por otros», que su muerte sirviera de expiación vicaria de los pecados de muchos –de Israel o del mundo entero–, lo que suponía la salvación de la ira de Dios. Los helenistas, pues, «eligieron la noción y la terminología de la muerte vicaria, pese a que ninguna de ellas aparecía explícitamente en el Antiguo Testamento ni en las escrituras judías extracanónicas, como herramienta para explicar la muerte de Jesús».

Y lo hicieron «bajo la influencia del entorno cultural contemporáneo, no judío en el que estaban social y culturalmente integrados» (Versnel, 53). Es éste el primer gran ejemplo de fusión del ideario religioso helenístico y el mundo del Nuevo Testamento. Hemos encontrado ya el caso de la gnosis junto con otros temas. La formulación de la «muerte vicaria y expiatoria» por unos pocos implicaría, con muy poco desarrollo posterior, que Jesús era el salvador de todos aquellos que respondieran positivamente al anuncio del Reino.

Los helenistas promovieron otro cambio importante en la actitud del primer grupo de cristianos. Ellos debieron ser los primeros que tomaron en serio la iniciativa de propalar el «mensaje», la «buena noticia», la «Palabra» a los paganos. Uno del grupo, Felipe, predicó el evangelio a un «temeroso de Dios», un etíope, lo convirtió y bautizó (Hch 8), y en 21,8 aparece como «evangelista» en la región pagana de Cesárea de Filipo. Aunque los Hechos (cap. 10: visión de Pedro y conversión del centurión Cornelio) intentan mostrar que es Pedro el iniciador de la misión de los gentiles –es decir, la iniciativa partió del mismo grupo de los «hebreos» de Jerusalén, no de los «helenistas»– parece más probable que los primeros impulsos y pasos fueran dados por estos «helenistas», que procedían de la diáspora y tenían una predisposición espontánea hacia el contacto con los gentiles, disposición menos notable en los jerusalemitas.

Lo cierto es que una lectura entre líneas de los Hechos deja entrever que fue en Antioquía donde se produjo una auténtica revolución: los helenistas predicaron a Jesús entre las filas de los amigos del judaísmo, los «temerosos de Dios» (Hch 10,22; 13,26), los atraídos por las doctrinas, la ética judía y la solidaridad judías, y lograron un gran éxito (el lector debe tener en cuenta aquí lo dicho en las pp. 96s sobre el proselitismo judío). Recordemos que estos admiradores de los judíos no acababan por lo general de convertirse a esta religión, pues no se animaban a dar el paso de aceptar la circuncisión y de someterse a las minuciosas leyes alimentarias y de todo tipo. Los «helenistas» no fueron exigentes con estos requisitos para entrar a formar parte de la comunidad de los creyentes en Jesús Mesías, con lo que eliminaron

Un gran obstáculo para la salvación. Los Hechos no ofrecen ninguna explicación teológica del fenómeno, pero lo cierto es que, sobre todo en Antioquía, los «temerosos de Dios» fueron el mejor vivero de conversos a la nueva secta judía que no exigía la circuncisión ni tampoco unas estrictas leyes dietéticas, y sí mantenía el sistema de ayuda social mutua. La explicación probable subyacente debió de ser la idea sostenida por algunos judíos de que en tiempos mesiánicos se disolvían las barreras que separaban a judíos y gentiles para formar parte de los que esperaban integrarse en el futuro reino de Dios. Pablo dará forma, peso y consistencia teológica al principio de la no necesidad de la Ley como vía única de salvación con la consiguiente apertura a los gentiles, pero los fundamentos estaban colocados antes que él, en Antioquía, y no precisamente por Pedro como indican los Hechos en 9,31-10,48. También será Pablo el que fundamente teológicamente el universo de ideas complementarias (la salvación por la fe, etc.) que llevaba consigo la nueva posición, secundaria, de la ley de Moisés.

Naturalmente la fusión de judeocristianos y de conversos procedentes del paganismo hizo que dentro del grupo de seguidores de Jesús hubiera mayores posibilidades de desarrollo de todas estas nociones teológicas integradoras entre judíos y gentiles. Ello iba a suponer un fermento nuevo para la teología, pues se relativizaba la Ley, el culto al Templo –se adoraba a Dios «en espíritu y en verdad» (Jn 4), lejos de Jerusalén– y sobre todo las normas sobre la circuncisión y los alimentos. Precisamente en una de estas comunidades judeohelenísticas se produjo el cambio de nombre de la nueva secta judía: de «nazarenos» empezaron a ser llamados «cristianos» o «mesianistas» ya que su predicación giraba en torno a Cristo, el ungido o mesías.

Probablemente fue gente de fuera, de la policía del Imperio que controlaba los grupos religiosos que no tenían derecho de reunión como los judíos, los que iniciaron esta costumbre. Se formó así una comunidad mixta de gentiles y judíos, y en las comidas comunes participaban los dos grupos sin distinción. A algunos personajes famosos e importantes de la comunidad de Jerusalén (en concreto a Pedro: Hch 11,3; Gal 2,12) esta evolución les pareció bien: no fue motivo de escándalo, e incluso participaron en ella.

¿Cuál fue el impulso, motivo o fundamento teológico profundo por el cual un minúsculo grupo judío que esperaba el fin inmediato del mundo se lanzó a predicar el mensaje de salvación también a los gentiles? La solución a este

enigma se halla en una cierta continuidad con una parte del pensamiento de Jesús. Hemos afirmado que el Maestro quedaba bien definido como un profeta de la restauración judía. Entre (os rasgos de esa restauración de Israel que mira al final de los tiempos estaba la incorporación de un cierto número de gentiles a la fe judía momentos antes de la plenitud de tal restauración.

Hemos visto que los profetas de Israel desde la época del exilio –sobre todo el Tercer Isaías– lo habían proclamado claramente (Is 58,1-8; 60,3-7,10-14; 66,18-24 y Miq 4). De este modo algunos, quizá muchos, gentiles participarían también de la gloria futura del Israel mesiánico. La idea que movió, pues, a los helenistas fue: el mesías ha llegado; el pueblo de Dios está siendo reunido; el fin está cerca; este pueblo se compone de judíos principalmente, pero también de algunos gentiles convertidos a Israel. Por eso se lanzaron a una carrera ardorosa por conseguir el mayor número posible de conversos desde el paganismo antes de que llegara el final... de acuerdo con un plan divino que había previamente señalado tal número. Pero no era preciso convertir todos los paganos, sino llegar hasta el número previamente determinado por Dios para que llegara el fin de los tiempos. Esto lo sabemos por Pablo que fundó unas cuantas comunidades en Asia y en Europa (en las que los convertidos sumarían si acaso el 0,5% de la totalidad de la población gentil), y con ello pensó que ya había cumplido su misión en esas regiones.

Convirtiendo a unos pocos aquí y otros allá, pensó que debía ir al extremo occidente, España, para conseguir allí unos cuantos nuevos conversos (Carta a los romanos). El número de conversos importó poco al principio; lo importante es que de este modo comenzó un nuevo impulso misionero. Este movimiento olvidaría a la larga la teoría del «número preciso de los gentiles decidido por Dios» y se pasaría a la idea de que la voluntad divina deseaba «cuantos más, mejor», y finalmente «todos».

Otro paso importante de la comunidad helenística antes de Pablo es la veneración a Jesús en las reuniones litúrgicas invocándolo como Kyrios, «Señor», en sentido absoluto, es decir, diverso al «señor y mesías» de la comunidad palestinese. Este sentido absoluto es «el Señor» a secas, título sin complementos que el Antiguo Testamento atribuye sólo a Dios. La utilización de este título en las cartas paulinas indica un uso ya bien asentado que Pablo ha recibido por tradición (Flp 2,11; Rom 10,9; 2 Cor 4,5), lo que apunta a su utilización en las comunidades judeohelenísticas –Damasco, Antioquía– en las que el Apóstol tuvo buena parte de su formación como cristiano.

Esta denominación absoluta y contundente, «el Señor», confirma el cambio de perspectiva en la consideración de la persona de Jesús que habíamos señalado como un fenómeno tímido e incipiente en la comunidad de Jerusalén: al aplicar al Maestro el mismo y simple apelativo que se reservaba para Dios en exclusiva se indicaba con mayor claridad aún que Jesús formaba parte de la esfera de la divinidad.

¿Cómo pudo darse este traslado de significado, de un «señor» / «hijo de Dios» pensado como «persona predilecta de la divinidad», rey o profeta ungido,

humano al fin y al cabo aunque trasladado junto a Dios como Henoc o Melquisedec {comunidades palestinas), a un «Señor / Hijo de Dios» más claramente de naturaleza divina (comunidades judeohelenísticas de fuera de Palestina)? No lo sabemos.

Pero entre el primer paso –Jesús humano constituido tras su muerte «señor y mesías» por Dios– y el segundo –«el Señor» a secas– había relativamente poco trecho, pues para los palestinos Jesús era ya tras su muerte una figura semidivina como los citados Henoc y Melquisedec. Las comunidades helenísticas sólo tuvieron que seguir progresando por este camino. Podemos sospechar que fue el producto de la reflexión teológica de judeocristianos familiarizados con el ambiente religioso del helenismo. En efecto, en el mundo helenístico la figura de un «Señor», de un «Hijo de Dios», de un hombre que a la vez poseía una naturaleza divina era absolutamente corriente. La gente sencilla pensaba también que los héroes pasaban a participar auténticamente de la naturaleza de los inmortales sólo tras su muerte. ¿No era el Emperador un hombre como los demás que tras su muerte (iy a veces en vida!) se convertía en *divi filius*, hijo de Dios real? Pues Jesús era mucho más que el Emperador. Por ello se comprende con facilidad que una comunidad de judeocristianos no palestinos, sin el freno de un judaísmo estricto y riguroso –para el que era totalmente inconcebible la figura real de un Dios/hombre– pudiera dar rápidamente el paso, antes de la primera carta de Pablo fechada hacia el 50/51, de considerar a Jesús un ser plenamente divino, tras su muerte.

Igualmente era fácil de dar el paso a creer que ya antes de su muerte Jesús pudo tener esa misma naturaleza. Para pensarlo ayudaba la misma analogía con los «hombres divinos» del helenismo. Sabemos que en te religiosidad pagana se creía que ciertos hombres (ascetas/predicadores ambulantes, taumaturgos, sanadores) manifestaban unas cualidades y unos hechos admirables muy superiores al del común de los mortales porque participaban de algún modo de la naturaleza divina. Dei mismo modo podía haber ocurrido con Jesús: antes de su muerte tuvo que ser necesariamente divino de algún modo. Su vida portentosa llena de prodigios, señales y milagros, su muerte en cruz previamente anunciada y aceptada (como se creía), como acto de salvación para la humanidad, y su resurrección de entre los muertos eran señales inequívocas que enmarcaban a Jesús dentro de la categoría de «hombres divinos». Nada de esto podía extrañar en el ambiente de la exaltada religiosidad helenística del siglo I de nuestra era. Un reflejo de este progreso en la manera de concebir a Jesús se hallará en los evangelios mismos que en partes de su obra reflejan la mentalidad de estos judeocristianos anteriores a las cartas de Pablo. Para el primer evangelista, Marcos (1,9-11), Jesús es hijo de Dios en pleno sentido ya en su vida terrena. En Mc 3,11 tenemos el inicio de una serie de milagros que se narran en los capítulos 5, 6 y 7; y nada más comenzar la serie, los espíritus impuros expulsados por Jesús (al fin y al cabo son seres espirituales y tienen mejor conocimiento) gritan: "Tú eres el Hijo de Dios». Algunos de estos milagros se desarrollan fuera de las tierras de Israel en contacto con paganos (el endemoniado de Gerasa, «al otro lado del mar de Galilea»: 5,1ss; la curación de la hija de la mujer sirofenicia, 7,24ss; la

sanación en la Decápolis griega de un hombre sordomudo: 7,32ss), lo que indica a las claras que estas historias fueron recogidas por comunidades judeohelenísticas. Probablemente aquí el sentido de «Hijo de Dios» esté cargado ya de esa tonalidad fuerte y plena, «divinidad sobre la tierra antes de la muerte» que estamos comentando.

Al principio, esta figura de un «Hijo», ser divino y humano al lado de Dios/Padre, elevado o más que Melquisedec, Henoc o Elias, debió de poseer rasgos ambiguos. Normalmente se consideraba a Dios por encima de su «Hijo»; éste tenía una posición subordinada al primero (subordinacionismo). Tal situación se refleja en dos hechos.

El primero es que hasta los estratos más tardíos del Nuevo Testamento (Jn 1,1; 20,28; Tes 1,12, texto no paulino y dudoso; Tt 2,13; 2 Pe 1,1) no encontramos ningún texto en el que se nombre a Jesús «Dios» a secas y sin más. Hay como un cierto reparo en hacerlo. En segundo lugar es que el acto crucial de la creación, o de la iniciativa en el acto salvífico de la redención, o las oraciones de petición a la divinidad se dirigen a Dios-Padre, directamente y a él sólo, o por la intermediación de Jesús. Un proceso análogo debió de ocurrir con el título «Señor» (Kyrios) en sentido absoluto y que venía a significar lo mismo que «Hijo de Dios». Ahora se explica mejor lo que antes habíamos indicado; no es extraño que fuera en Antioquía de Siria, como indican los Hechos (11,26), donde los seguidores de Jesús comenzaron a ser designados de otra manera, como «cristianos». Éstos se distinguían ya específicamente del judaísmo en que invocaban como «Señor» (es decir, más o menos como Dios) no sólo al Dios del Antiguo Testamento, sino a su hijo Jesús. Para los cristianos helenistas «hijo de Dios» designaría realmente el ser divino de Jesús; «Señor» (Kyrios) se emplearía para expresar su rango superior respecto al ser humano, su posición de Señor en la vida y en el culto.

En resumen: entre la muerte de Jesús (hacia el 28 o 30, durante la procuradoría de Poncio Pilato, que duró del 26 al 36) y los momentos anteriores a la redacción de la primera carta que se nos ha conservado de Pablo (1 Tes; hacia el 50/51 d.C.) asistimos a progresos muy importantes en la historia del cristianismo que se ven reflejados con relativa claridad en el Nuevo Testamento y que a su vez ayudan a entender a éste:

Los palestinenses o «hebreos», plasmaron su comprensión de la vida de Jesús aplicando ciertos rasgos del mesías esperado a un personaje histórico concreto, Jesús; también entendieron a este mesías como un Hijo de hombre que ha de venir a instaurar el Reino en nombre de Dios y lo invocaron como juez futuro de vivos y muertos.

Que el mesías fuera un antiguo injusticiado que muere y resucita, y que tras su resurrección fuera constituido por Dios «señor y mesías» en pleno sentido hace que este grupo de judeocristianos palestinenses cree un concepto de mesianismo que es nuevo entre las creencias judías y empiece tímidamente a dar el gran salto teológico: considerar a Jesús ya muerto y resucitado un personaje en cierto modo del ámbito divino.

El otro grupo, el de los judíos de la diáspora o «helenistas», junto con antiguos paganos convertidos a la nueva fe, ven en Jesús a un ser de naturaleza divina, un Hijo de Dios en esencia, un hombre divino conforme a los esquemas de la religiosidad circundante y le invocan como el «Señor». Este mismo grupo interpretó pronto la muerte de Jesús como muerte vicaria, como expiación por los pecados de toda la humanidad y vieron en la cruz el acto supremo de la redención.

Este Jesús era un ser divino ya antes de su muerte». [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 241 ss.]

EL CONCILIO DE JERUSALÉN

«El choque entre las dos comunidades condujo inevitablemente a una asamblea reconciliadora, que tuvo lugar en Jerusalén el año 49 o en el 50. Pedro, que defendía la expansión a los gentiles, y los judaizantes radicales llegaron a un compromiso por el que se eximía del cumplimiento de la ley mosaica a los cristianos procedentes de la gentilidad, pero obligándolos a abstenerse de comer carne sacrificada a los ídolos y no ingerir sangre, ni comer animales estrangulados y a no contraer uniones ilegales.

Las tensiones continuaron, pues Pablo reivindica su evangelio como opuesto a la ley y al legalismo judío, en sus Cartas a los romanos, a los gálatas y a los corintios.

Pocas noticias se tienen de los judeocristianos. Hegesipo, hacia el año 180, conoce un evangelio que leían los judeocristianos de siria, llamado Evangelio de Nazarenos, citado por Eusebio, por Jerónimo y por Epifanio. Debía de ser una traducción aramea del Evangelio de Mateo, con nuevos materiales.

Otro evangelio mencionado por Ireneo y por Epifanio es el de los ebionitas, derivado de el de Mateo y Lucas, y redactado en griego.

El Evangelio de los Hebreos procede de Alejandría. Los primeros evangelios proceden seguramente de Siria». [Blázquez, en Alvar, 1995:88]

UNA RECONSTRUCCIÓN DE LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

por [Antonio Piñero](#), 2 de Febrero 2017

La interpretación de Samuel G. F. Brandon (*Jesús y la resistencia antirromana*) del patrón recurrente "Jesús como sedicioso ante el Imperio Romano" es muy importante. A partir de la noticia cierta e innegable de la ejecución de Jesús por los romanos, Brandon efectúa un análisis metódico de los Evangelios que le lleva a trazar la pintura siguiente:

Jesús era un judío religioso y nacionalista, totalmente enmarcado en la religión israelita, persuadido de la soberanía exclusiva de Dios sobre la tierra de Israel, cuya misión era predicar la inminente venida del reino de Dios. No puede decirse que fuera un activista directo contra el Imperio romano, un guerrillero, pero sí es cierto que atacó a la jerarquía sacerdotal por sus intereses económicos en torno al Templo y por su colaboración con la ocupación

romana. No es extraño que fuera capturado por las tropas de Pilato, sometido a un juicio sumarísimo y ejecutado como un rebelde acusado de sedición contra el Imperio.

Los "nazarenos" jerusalemitas estaban convencidos de que Jesús había sido el mesías prometido, que por un misterioso plan divino había aparentemente fracasado por su muerte en cruz. Pero Dios lo había vindicado resucitándolo y lo había confirmado en su misión de mesías, de modo que pronto volvería a implantar definitivamente el reino de Dios en la tierra de Israel. Este reinado divino era el cumplimiento de las promesas de la Alianza, según habían anunciado los profetas, y consistiría en bienes materiales y espirituales al mismo tiempo.

No es extraño, por tanto, que a medida que se acrecentaban en Israel la temperatura mesiánica y los anhelos de liberación política en los años posteriores a la muerte de Jesús, sus seguidores inmediatos simpatizaran con los partidarios del enfrentamiento directo con Roma, pues creían que la pugna que se preveía sería el prenotando necesario para el establecimiento del Reino divino. Pero el resultado de la Gran Revuelta resultó bien distinto de lo que se esperaba: un rotundo fracaso.

Además de los de Jerusalén, había también otros seguidores de Jesús entre los miembros del grupo judeocristiano de Jerusalén que albergaban un pensamiento sobre Jesús como mesías y una teología distinta a la de la facción principal. Éstos eran los congregados en torno a Esteban y otros judíos helenistas (*Hechos de los apóstoles* 6-7), que acabaron sufriendo persecución por sus ideas. Tras el lapidamiento de su jefe espiritual, Esteban, el resto huyó de Jerusalén sobre todo hacia Samaría y Antioquía. Fue allí donde los encontró Saulo, luego Pablo de Tarso.

Gracias a una revelación divina, Pablo se convirtió de perseguidor en propagandista de la fe en Jesús de acuerdo con las líneas maestras de la teología de los helenistas. Gracias a su impulso y a su genio religioso, la predicación sobre Jesús se extendió a los gentiles, lo que propició un cambio en la comprensión del Redentor. Fue Pablo el que transformó la imagen de Jesús, un mesías netamente judío, en un salvador universal, en un ser divino descendido a la tierra para redimir con su sacrificio en la cruz a toda la humanidad. Y lo que es también muy importante: de acuerdo con su natural divino, Jesús no pudo haberse comprometido con ninguna postura política terrenal, y menos con una radical en contra de los romanos. El culto a Jesús como salvador fue moldeado por Pablo para ser expandido entre los gentiles de acuerdo con conceptos muy similares a las religiones de salvación del mundo grecorromano (denominadas "cultos de misterios").

La otra interpretación de Jesús con una teología consistente, la de los "nazarenos" de la iglesia madre de Jerusalén, desapareció de la faz de la tierra. Al quedar éstos reducidos a mínimos restos, las iglesias fundadas por Pablo y sus seguidores se encontraron prácticamente como los únicos representantes del naciente cristianismo.

Que las ideas de Pablo sobre Jesús no eran de recibo para los judeocristianos jerusalemitas, la "iglesia madre", ni se correspondían a la historia verdadera de Jesús, queda demostrado por la continua oposición de los miembros de la iglesia de Jerusalén contra la doctrina paulina, tal como testimonian repetidas veces y con acritud los escritos mismos del Apóstol.

Tras la muerte de Pablo, sus seguidores, pasado el tiempo, no sólo conservaron las cartas de su maestro, sino que en cierto modo ampliaron y fundamentaron su doctrina. Algunos de ellos sintieron también la necesidad de complementarla por medio de otros escritos: en concreto sobre la vida terrena de Jesús –de la que Pablo se había ocupado muy poco o casi nada– (= *Evangelios*), sobre la historia de la Iglesia (= *Hechos de los apóstoles*) y sobre algunos aspectos no desarrollados de su doctrina (= *Epístolas deuteropaulinas*).

Son sobre todo los *Hechos de los apóstoles* los que legitiman la actividad misionera paulina, contestada por la iglesia de Jerusalén, presentando a Pablo como un judío observante de la ley de Moisés que había conseguido la aprobación de su labor misionera de la iglesia madre jerusalemita, y que colaboraba con los jefes de ésta, los apóstoles.

Los Evangelios, al pintar la vida de Jesús, eliminaron todos los datos (o casi todos) que presentaban al Nazareno como leal a la nación judía y como luchador en pro de la libertad de la dominación romana. Los autores evangélicos transforman así su figura en la de un enviado de la divinidad, que desciende del mundo superior, que se muestra indiferente a todas las realidades sociales y políticas de su entorno, que pasa naturalmente incomprendido por el pueblo entre el que se ha encarnado, y que acaba siendo mal interpretado, entregado injustamente a los romanos y condenado a la muerte en cruz. Ninguno de los judíos advierte que esto acontece según un plan divino, profetizado en las Escrituras –que realmente no entienden– y que esa muerte es el sacrificio por el cual queda restaurada la amistad, perdida por el pecado, entre Dios y la humanidad completa, no sólo Israel.

¿Cómo puede explicarse este proceso de distorsión tan aparentemente anómalo en unos libros que se presentan a sí mismos como una suerte de biografía de Jesús? La razón está en su origen: los evangelios no son una mera transcripción de la tradición oral. Los que los compusieron son verdaderamente autores, es decir, escribieron sus obras reflejando en ellos nítidamente sus puntos de vista previos sobre el material que a ellos llegaba. Los evangelios están compuestos con una tendencia apologética en defensa de la religión –en concreto de su visión de Jesús– que sinceramente profesan, y se vieron condicionados por intereses sociales derivados de su fecha y lugar de composición.

En concreto el Evangelio de Marcos –que fue el primero en componerse y del que dependen al menos Mateo y Lucas– es un ejemplo palpable de cómo el material tradicional es moldeado por unas circunstancias sociales determinadas y una ideología previa. Se trata de una obra mucho más refinada y pensada que lo que su lenguaje sencillo da a entender a primera

vista, y su orientación es eliminar la posible mala impresión que el cristianismo podría tener ante los lectores a los que dirige la obra. Inmediatamente veremos cuáles pueden ser éstos.

El carácter de prioridad cronológica del Evangelio de Marcos es lo que hace que este escrito suscite el mayor interés de los análisis de Brandon, ya que influye en los que le siguen. No es difícil probar por medio del análisis que la "biografía" de Jesús presentada por Marcos se halla muy determinada y condicionada por el marco sociológico y cronológico en el que fue redactado. La lectura crítica del Evangelio mismo nos muestra que fue compuesto después de la catástrofe judía del año 70, y que sus lectores potenciales son los paganos de la ciudad de Roma, que pudieran sentir cierta atracción ideológica por el monoteísmo judío. Por ello puede decirse que el escrito de Marcos es una "verdadera apología del cristianismo ante los romanos, compuesta después del año 70".

No era fácil en aquellos momentos hacer propaganda religiosa de una secta judía, o al menos que apareciera así ante los romanos, después de lo que había ocurrido en Judea en los años inmediatamente anteriores. Cerca de siete legiones habían sido necesarias para apagar el foco de la rebelión contra el Imperio. Después de la derrota de los judíos, los romanos habían tenido ocasión de presenciar el "triunfo" de Tito por las calles de la capital, en el que habían contemplado los utensilios sagrados del templo de Jerusalén y la espléndida cortina que separaba el santo de los santos del resto del santuario. Los romanos odiaban en principio a los judíos, causantes para el Imperio de tantos males.

En tales circunstancias se comprende fácilmente que Marcos intentara disminuir, u ocultar en lo posible, todos los rasgos demasiado judíos de la biografía del salvador Jesús, y que manipulara cualquier tipo de anécdota o dichos de su vida que pudieran asimilarse a los ojos de los lectores paganos con los perversos judíos o las peculiaridades de su religión. Además sentía la obligación de resaltar todos aquellos aspectos de la vida de Jesús que pudieran poner de relieve, por muy críptica y oculta que pudiera parecer, la verdadera esencia celestial y la misión trascendente que había tenido su persona. Era preciso ante todo escribir sobre su pasión, muerte y resurrección –el resto del evangelio sería más bien un complemento–, y dejar bien claro cuál era su sentido. Jesús era el enviado celeste que estaba destinado a sufrir, en un aparente fracaso que acababa en la gloria de su resurrección. Era el verdadero mesías, sin duda, pero su mesianismo nada tenía que ver con las aspiraciones de gloria y bienandanza terrenal de sus connacionales judíos. Jesús era más bien el redentor divino de la humanidad, por lo que tampoco le interesaron los temas de la política terrenal y la liberación de Israel. Consecuentemente, su condena, primero por las autoridades judías y luego por el procurador romano, había sido un tremendo error y una crasa injusticia.

El resultado es que la imagen de Jesús es presentada por Marcos como en el fondo creía que fue: la de un Jesús totalmente pacífico, que predicó el amor incluso a los enemigos, desinteresado de los intereses materiales de su nación

y que –en contra del deseo de los nacionalistas de su época– indicó veladamente que era conveniente pagar el tributo al César.

Por suerte para nosotros hoy, sin embargo, que vemos la narración evangélica con ojos de historiadores, Marcos, y también sus colegas Mateo y Lucas, preservaron del olvido una serie de material, ofrecido por la tradición oral originada a partir de los recuerdos de los discípulos sobre Jesús, que apuntaba hacia la verdadera figura histórica de éste. Un estudioso de hoy –si aplica los métodos de la crítica histórica, sobre todo si cae en la cuenta del sesgo tendencioso e ideológico del evangelista Marcos y colegas– puede recuperar con bastante seguridad el material primitivo y su sentido.

De él se deduce en verdad que Jesús fue condenado por los romanos como auténtico sedicioso desde su punto de vista; que enseñó, aunque crípticamente, que no había que pagar el tributo al César y que fue detenido según las leyes del Imperio después de una provocativa entrada triunfal en Jerusalén, y sobre todo tras un asalto armado al Templo. Su muerte como un héroe nacional conquistó la buena voluntad de los jerusalemitas para con los seguidores más íntimos del Ajusticiado, que se congregaron precisamente en la capital, tras su muerte.

Dirigidos por Santiago, el hermano de Jesús, participaron de todas las aspiraciones nacionalistas de sus paisanos, con lo que no hacían otra cosa que seguir los pasos de su Maestro. Cuando llegó el momento crítico de alzarse contra Roma, en el año 66 d.C., se unieron al movimiento de resistencia..., y perecieron heroicamente con los demás judíos piadosos en la toma de Jerusalén por los romanos.

Creo que esta interpretación contiene muchos puntos que se aproximan a lo que pudo ser la verdad histórica.

UN DIOS HUMANIZADO

Pregunta a Antonio Piñero: El cristianismo, ¿es la única religión que ha humanizado a su Dios?

«No lo creo. Desde luego es verdad que no es Dios quien ha creado a los hombres, sino los hombres los que han creado a los dioses (desde las famosas sentencias de Jenófanes de Colofón, hacia 560 a.C.):

Chatos, negros: así ven los etíopes a sus dioses.

De ojos azules y rubios: así ven a sus dioses los tracios.

Pero si los bueyes y los caballos y leones tuvieran manos, manos como las personas, para dibujar, para pintar, para crear una obra de arte, entonces los caballos pintarían a los dioses semejantes a los caballos, los bueyes semejantes a bueyes, y a partir de sus figuras crearían las formas de los cuerpos divinos según su propia imagen: cada uno según la suya.

Por tanto, de algún modo para esa creación se parte de una sublimación de las virtudes humanas y de la percepción de la naturaleza a través de ojos humanos.

Pero en concreto respecto a Jesús: evidentemente, entre las grandes religiones de hoy, sobre todo las religiones del "libro" (judaísmo e islam), Jesús es el único Dios que es a la vez plenamente hombre: dos naturalezas, pero una sola persona, como se define en los concilios de Nicea (325) y Calcedonia (451). Esta suposición es ridícula y blasfema (diteísta) no sólo para estas dos religiones importantes, sino para otras muchas.

La divinidad de Jesús es especialmente clara y rotunda en la formulación del Concilio de Calcedonia:

"Siguiendo la enseñanza de los Santos Padres, todos unánimemente enseñamos que hay un solo y único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, perfecto en cuanto a su divinidad y perfecto también en cuanto a su humanidad, verdaderamente Dios y al mismo tiempo verdaderamente hombre, de cuerpo y alma racionales; consustancial con el Padre por su divinidad, consustancial con nosotros por su humanidad, en todo semejante a nosotros excepto en lo que se refiere al pecado; engendrado de la misma sustancia que el Padre antes del tiempo; y en los últimos días, en cuanto es hombre, engendrado de la madre de Dios (en griego theótokos), la Virgen María, por nosotros y por nuestra salvación.

"Profesamos que existe un solo y único Cristo Jesús, Hijo único de Dios, a quien reconocemos en dos naturalezas, sin que haya confusión, sin cambio, sin división ni separación entre ellas, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión; por el contrario, los atributos de cada una de esas naturalezas son conservados y subsisten siempre en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partida o dividida en dos personas, sino sólo y el mismo Hijo unigénito, Dios, Verbo, Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres (= Nicea).

"Así pues, redactada con toda exactitud y cuidado por nosotros esta fórmula, el santo y ecuménico concilio definió que a nadie le será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla ni enseñarla a los demás..."

Hubo, pues, claramente en el cristianismo primitivo un proceso de divinización de Jesús. A partir de la figura sublimada de un rabino carismático y de gran potencia de arrastre de masas se llega a un hombre-Dios. Parece imposible que este proceso llegue a su plenitud desde presupuestos puramente judíos. Es cierto que en el judaísmo apocalíptico de los siglos I a.C. y I d.C. hubo claros momentos en los que se consideró que el mesías pertenecía de algún modo al ámbito de lo divino..., pero jamás se llegó a una divinización plena, ni mucho menos.

Es muy probable que el primer judeocristianismo llegara a lo máximo que podía permitir su judaísmo esencial: colocar aún más firmemente a Jesús "al lado del Padre, sentado a su derecha", lo que significa una suerte de apoteosis en grado menor. Pero el paso hacia una plena divinización sólo puede darse en otro ambiente: este proceso es típico de la religión grecorromana antigua.

En ámbitos paulinos, en lucha espiritual con los adeptos de las religiones de misterio, fue donde se dio ese paso. Comenzó probablemente por adscribir a Jesús el título de “mesías” desde toda la eternidad, como concepto, y de ahí se pasó a pensar, lentamente, que el portador de esa cualidad había de ser de algún modo también divino... El proceso en sí es oscuro..., y difícil de reconstruir por falta de textos claros, y se percibe en que el Nuevo Testamento sólo llama Dios a Jesús claramente en 7 pasajes de todo del corpus (de unas 1350 apariciones del nombre de Dios). Llegar a un concepto claro y pleno de la divinidad de Jesús costó siglos, pero lo esencial se había hecho ya —creo que siguiendo modelos griegos de pensamiento— a finales del siglo I, donde aparece el Evangelio de Juan, que proclama a Jesús Verbo de Dios claramente en el Prólogo de su evangelio.

[Entrevista a Antonio Piñero, en [Editorial Academia del Hispanismo](#) – Vigo – 27/12/2010]
